

Mijail Mondol López¹

Lenin Mondol López²

Espacios y cuerpos carnalescos: un estudio desde las cantinas urbanas costarricenses

Universidad de Costa Rica

mijailmondol@hotmail.com

mondollenin@gmail.com

A la memoria de nuestro abuelo Jose Luis López Acuña.

Jornalero y contrabandista de licor de caña

Aproximaciones críticas en los estudios histórico-culturales

A partir de la década de los noventa, los estudios histórico-culturales han centrado su interés en analizar la construcción de los espacios y subjetividades colectivas en las diversas esferas de la cultura popular. Prueba de ello se colige en el estudio específico de algunos sectores sociales históricamente identificados con la marginalidad étnica, política y socio-cultural.

Evidentemente, este posicionamiento crítico convoca un giro teórico-metodológico en el concierto de disciplinas relacionadas con los estudios culturales. Así, por ejemplo, en el campo de los estudios históricos costarricenses cabe destacar el surgimiento de investigaciones interdisciplinarias las cuales analizan las dinámicas socioculturales de algunos sectores sociales históricamente silenciados por el discurso hegemónico.³ Asimismo, a finales de la década de los

¹ Licenciado en Filología Española. Docente de la Escuela de Estudios Generales y de la Escuela de la Comunicación Colectiva, Universidad de Costa Rica. Actualmente cursa la Maestría en Literatura Latinoamericana en esta misma institución.

² Licenciado en Sociología. Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales del Uruguay.

³ Al respecto de lo anterior, cabe mencionar la siguiente reflexión del historiador Iván Molina, en donde se explicita con mayor detalle las nuevas pautas temáticas de la investigación histórica: “La investigación histórica costarricense, en la década de 1980, se concentró en el estudio de la estructura agraria y de los conflictos sociales; pero exploró poco la esfera cultural. [...] La construcción de una historia cultural distinta es emprendida, **a partir de 1990, por diversos investigadores, cuyos intereses son variados en extremo, y a los cuales les preocupa explorar cómo se crea y se vive socialmente la cultura.** El espectro temático de sus afanes es cada vez más amplio: el delito y los

noventa y principios del siglo XXI los estudios culturales han elaborado una revisión crítica en torno al tema de la identidad cultural y la construcción del sujeto nacional.⁴

En términos generales, la perspectiva crítica de estos estudios se caracteriza por una mayor apertura metodológica de sus fuentes y su constante preocupación por analizar las prácticas y representaciones sociales no oficiales de la cultura. No obstante, algunas de estas investigaciones revelan un vacío epistemológico en las formas en que se conceptualiza la praxis cultural y el imaginario colectivo. Dicha vacuidad nace de una especie de naturalización de las relaciones culturales que se basan en el núcleo semántico cultura dominante/cultura popular. Este núcleo funciona como articulador de otras dicotomías culturales tales como marginalidad/centralidad, lo público vrs lo privado, primando la dimensión de *control social*⁵ como eje de análisis. Por otra parte, es importante destacar que dicho tratamiento epistemológico invisibiliza la capacidad transformativa, sociotextual y dialógica de las prácticas culturales, anteponiendo una visión monológica entre el discurso de identidad y las formaciones culturales.

Finalmente, a nivel teórico-metodológico, dichas investigaciones tienden hacia una historización de los referentes culturales, dejando al margen el análisis específico de las producciones materiales y vivas de la cultura. La falta de un instrumental adecuado que propicie el análisis de las producciones materiales así como las concepciones archivísticas o documentales que reducen la producción cultural a simples textos de referencia histórica constituyen, por tanto, un reto significativo en el ámbito de los estudios de la cultura y la sociedad.

marginados, el sexo, la familia y el marco material del quehacer diario, las actitudes ante la muerte, las festividades electorales, las diversiones públicas, la impresión y distribución y consumo de periódicos y libros y la invención de la nacionalidad. [...]” (Molina y Palmer 6; el subrayado es nuestro, M.M.L. y L.M.L.).

⁴ En este sentido, baste con mencionar algunos de los estudios más recientes que se han venido formulando en el ámbito académico con el fin de ejemplificar un nuevo posicionamiento crítico en los estudios histórico-culturales: *Costa Rica Imaginaria* (1998), de Alexander Jiménez y Jesús Oyamburu, *La irresistible seducción del Discurso* (2002), de María Amoretti, *Cuando las paredes hablan* (2004), de Ilse Marie Bussing López., *El imposible país de los filósofos: El discurso filosófico y la invención de Costa Rica* (2005), de Alexander Jiménez, *Costarricense por dicha* (2005), de Iván Molina Jiménez, y *Fuera de Juego. Fútbol, identidades nacionales y masculinidades en Costa Rica* (2007), de Carlos Sandoval García.

⁵ Entendemos que dicha dimensión de control social deviene básicamente de la tradición estructural/ funcionalista.

Espacios y prácticas culturales en el imaginario ciudadano

Con base en el estudio de Patricia Fumero Vargas, *El advenimiento de la modernidad en Costa Rica: 1850-1914* (2005), la proliferación de espacios públicos dirigidos al entretenimiento popular obedece a un proceso de expansión urbanística del espacio capitalino de mediados del siglo XIX. El desarrollo político-administrativo de la ciudad de San José propicia la formación de una cultura urbana liberal que comienza a diversificar sus ofertas de servicio y sus prácticas de entretenimiento:

El proceso de modernización supuso cambios en los patrones de consumo, la diversificación en los servicios urbanos y en las diversiones públicas y la ampliación de la esfera pública. En efecto, en el caso josefino los cambios en el paisaje de mediados del siglo XIX fueron diversos, entre otros, se desarrolló un creciente mercado de alquiler de casas y locales comerciales, la apertura de hoteles, fondas, hostales, restaurantes, clubes y de un teatro, así como el establecimiento de locales vinculados con servicios netamente urbanos. (Fumero 8).

Dicha diversificación se contempla a la luz de los imaginarios y patrones socioeconómicos que impuso el Estado Liberal en la configuración del espacio urbano de mediados del siglo XIX. No obstante, la emergencia de estas prácticas ligadas al ocio y al entretenimiento popular constituyen no solamente un efecto de modernización de la ciudad capital, sino también la puesta en escena de una conciencia ciudadana del espacio y sus prácticas simbólicas.⁶

Por otra parte, el conjunto de prácticas relacionadas con el entretenimiento y el espectáculo colectivo enmascara una estrategia de segregación del espacio urbano y de la conciencia ciudadana. De este modo, la proliferación de los bienes y servicios de consumo corresponden a una estrategia de secularización de las prácticas culturales capitalinas el cual permite

⁶ Relacionado con lo anterior, resulta significativo que dichas prácticas se encuentran íntimamente ligadas a la formación de una cultura liberal cuya función ideológica radica en diversificar y legitimar los espacios de socialización de la libido popular; amparados bajo la concepción burguesa del placer y el espectáculo artístico. Así, pues, el surgimiento de los espacios y las prácticas urbanas ligadas al ocio y al entretenimiento liberal se convierten en los agentes idóneos en los procesos de formación de una subjetividad ciudadana, y por ende nacional.

institucionalizar un modelo moral de ciudadanía íntimamente ligado a los intereses hegemónicos del discurso liberal.

Sin embargo, conjuntamente con el desarrollo de las prácticas oficiales de entretención ciudadana, emergía un ámbito no oficial de la cultura cuyas prácticas clandestinas e informales formularía, al interior del modelo liberal, **otra conciencia urbano-marginal del espacio ciudadano**. En este sentido, cabe mencionar la explicación que realiza el historiador Juan José Marín cuando se refiere al surgimiento de amplios sectores populares ligados a los procesos de segmentación del espacio capitalino.

A partir de la década de 1830, la ciudad de San José inició y consolidó un desarrollo económico, político y demográfico que la distinguió de las poblaciones circundantes. [...] Hay evidencia, ya en esa época, de un proceso incipiente de segregación socio espacial, vinculado con el auge del cultivo cafetalero y el alza en el precio de los solares. [...] De 1850 en adelante, San José presentó un paisaje más urbano, gracias a la apertura de teatros, hoteles, restaurantes, locales comerciales y talleres. Esta diversificación aceleró la segmentación del espacio social y económico de la nueva “urbe”. Hacia fines del siglo XIX, las áreas periféricas, en especial el sur y el noroeste de la ciudad, continuaban siendo habitadas por sectores populares, pero ahora en peores condiciones de hacinamiento. **La marginalización y la desigualdad sociales crecieron junto con la infraestructura comercial y los barrios populares: entre tiendas, almacenes y negocios, había hosterías, burdeles y cantinas, con sus clientelas de prostitutas, obreros y jornaleros.** (Marín 54; el subrayado es nuestro, M.L.M. y L.L.M.).

Como se deduce de la cita anterior, los procesos de modernización del espacio urbano activan una conciencia híbrida y ambivalente de la ciudad. Por un lado, emerge una conciencia ciudadana del espacio público ligada a la oferta formal y consumo de servicios, al mismo tiempo que se desarrolla una conciencia urbana-marginal cuyas prácticas socio-culturales son relegadas a la clandestinidad y a la sanción moral. Así, pues, la diversificación de las prácticas ligadas al ocio y la diversión colectiva dentro de la ciudad capital no pueden ser vistas desde una misma lógica

cultural, sino que comportan distintos mecanismos de apropiación e identificación en relación con el espacio y la conciencia ciudadana.

Dado este panorama socio-histórico, la cantina urbana no se encuentra exenta de las contradicciones y los procesos de conformación de los espacios públicos de entretenimiento popular que surgieron en el ámbito de la modernidad costarricense. La especificidad de esta práctica, cuya dinámica cultural sigue vigente en la mayoría de las sociedades latinoamericanas, constituye una prueba irrefutable del carácter sincrético que constituye este espacio en la dinámica social de la cultura.

Antecedentes históricos de la cantina urbana

Estudios preliminares indican que los establecimientos comerciales ligados a la venta y consumo de bebidas alcohólicas figuran, entre otras actividades, como una de las prácticas de ocio ligadas a la cultura urbana del siglo XIX.⁷ Aunque dicha actividad se remonta desde la época colonial, resulta interesante analizar las diferentes nominaciones que ha tenido esta práctica a lo largo de su historia. Entre ellas podemos citar las siguientes: *taquilla, estanquillos, taberna, vinatería, tendejón, pulquería, cantina y bar*. Sin afán de detallar una interpretación histórica de los términos, las diversas nominaciones e imprecisiones terminológicas a las que ha sido objeto nos permite deducir que la circulación social de la venta y consumo de alcohol representa una práctica latente en la construcción de la identidad latinoamericana. Por otra parte, no podemos obviar que dichas nominaciones se encuentran articuladas a distintos procesos de desarrollo urbanístico cuyas actividades económicas y sociales repercuten en la construcción del espacio y los sujetos colectivos.

⁷ Véase a continuación la siguiente cita de Patricia Fumero: “Los sectores populares establecieron prácticas culturales que llevaron a las autoridades a tratar de corregir lo que consideraron ‘desviaciones’, claro estaba que su cotidianidad iba en dirección opuesta a las expectativas ideológicas del Estado y de la Iglesia católica costarricense. De esta forma, las leyes tenían por fin la dominación de los sectores populares y el cambio que promovió el ‘disciplinamiento sistemático de las pasiones y deseos del alma y del cuerpo’ de los sectores subordinados, al brindar, por medio de las penas impuestas ejemplos de “saneamiento de las costumbres”, de la moralidad y de la compostura.” (31).

Según revelan los estudios históricos, durante la segunda década del siglo XIX, la ingesta de bebidas alcohólicas constituía parte integral de la cultura urbana nacional. La presencia de establecimientos y prácticas comerciales ligadas al transporte, fabricación y venta de licor no eran ajenas al control del Estado cuyos reglamentos de salubridad y ordenamiento público formaban parte de un proceso de centralización del espacio urbano y sus respectivos modelos de ciudadanía. Al respecto afirma Fumero:

El consumo de alcohol en el país era generalizado, tanto que incluso era el líquido indispensable en la mayoría de los hogares, restaurantes, fondas, refresquerías, pulperías y cantinas del país. Se ingería licor de fabricación casera, el que proporcionaba la fábrica estatal y el que se obtenía a través de la compra en el exterior. La ingesta de bebidas espirituosas era la acompañante de la diversión urbana y rural. Se asumía como una práctica obligada en las reuniones familiares, comunales y en los espacios públicos. (33).

Con base en los datos suministrados por esta investigadora, la participación directa del Estado nacional sobre los puestos de venta y consumo del alcohol se vio reflejada muy tempranamente con la creación de la Fabrica Nacional de Licores en el año 1830. Asimismo, y conforme avanzaba la vida nacional, hacia el año 1903 se promulga la Ley General de Licores cuya función jurídica tenía como propósito oficializar los puestos de venta y distribución del alcohol. Paralelamente a este proceso institucional, durante buena parte del siglo XIX y hasta las primeras décadas del siglo XX, se desarrolla una fuerte política de carácter moral e higienista alrededor de un conjunto de prácticas ligadas al ocio y al entretenimiento popular.⁸ No obstante, más allá de una perspectiva histórica, la participación directa del Estado sobre las prácticas comerciales destinadas a la venta y consumo del alcohol comporta, desde los estudios culturales, una lectura distinta.

⁸ Con el propósito de ejemplificar este ámbito jurídico e higienización tómesese en consideración los siguientes códigos, leyes y reglamentos que datan de 1878-1911: 1878 Ley de Vagos, 1884 Ley de juegos, 1884 Reglamento del Lazareto, 1885 Reglamento de Gallera, 1886 Reglamento de la Policía de Seguridad, Salubridad y Ornato de la Ciudad de San José, 1886 Reglamento de Prostitución, 1903 Ley de Licores, 1906 Reglamento de Policía, 1907 Reglamento de Policía de Orden y Seguridad de la Ciudad de San José, 1908 Reglamento sobre Teatros y demás espectáculos públicos para la ciudad de San José 1911. Fuente: *La Gaceta*, 1878-1911. (Ver Ortos).

Si bien es cierto, la mediación del Estado sobre el conjunto de las prácticas sociales relacionadas con este tipo de actividad forman parte de una lógica de centralización del espacio urbano y sus prácticas económicas, dicha ingerencia revela, *por contrario sensu*, una fuerza centrífuga de ciertas dinámicas culturales en el interior de la conciencia colectiva. En este sentido, quizá uno de los acercamientos teóricos que apunta de manera más acertada a esta dinámica particular de la cultura, se encuentre formulada en la medida en que comprendamos que las instancias materiales de la cultura no pueden ser vistas como resultados inclusivos o excluyentes del imaginario nacional, sino más bien como un proceso de tensión dialógica entre el orden de las representaciones colectivas y la materialidad misma de las prácticas culturales. Así, pues, este aspecto es de suma importancia para entender la perdurabilidad socio-histórica que cumplen las cantinas actualmente en el interior del espacio urbano josefino.

Reflejos e inversiones en la dinámica cultural de las cantinas urbanas costarricenses

Generalmente, las perspectivas culturales han enfocado la cantina como un espacio de inversión simbólica de lo social (la idea que subyace a esta propuesta de investigación denota el carácter intrínseco del *reflejo* presente en la *inversión* misma). En otras palabras, la inversión opera bajo el imaginario de lo inverso. Con esto queremos decir que eso que se denomina “orden inverso de lo social” no es tal, y aún más, la configuración de eso que se ha denominado “inverso” es complejo y pasa finalmente por un proceso de violencia simbólica que contribuye a una representación dóxica del mundo posible. Es precisamente en este proceso de violencia simbólica y representación, en donde la teoría del carnaval de Mijail Bajtin logra una suerte de correspondencia con los planteamientos de Pierre Bourdieu en tanto comprendamos que las prácticas carnales corresponden también a procesos de doxificación y aprendizaje del sujeto colectivo. De allí que el orden simbólico de lo inverso o *el mundo al revés*, constituya esencialmente un mecanismo de reproducción y enajenación cultural.

Por otra parte, dado el imaginario de inversión que supone la especificidad de algunas prácticas simbólicas carnales, la teoría del carnaval bajtiniano constituye una amplia teoría de la cultura para analizar algunas dinámicas semiótico-discursivas presentes en el acontecimiento festivo de la cantina. Para este fin, hemos de referirnos a las siguientes unidades de análisis: **espacio, cuerpo y lenguaje.**

La cantina: un espacio semiótico ambivalente

Etimológicamente la palabra *cantina* proviene del término latino *cella* el cual significa despensa, bóveda o cuarto pequeño donde se ubican y ordenan los vinos. Otras referencias traducen este término a la expresión *del rincón o cava*. Como se deduce de estas acepciones, este término evoca inexorablemente una particular relación semiótica con el espacio. No obstante, más allá de estas precisiones lingüísticas, la cantina constituye un espacio semiótico del imaginario urbano y sus representaciones de marginalidad. De esta forma, la cantina constituye un mecanismo de interpelación de los sujetos y prácticas culturales relacionadas con la esfera pública no oficial.

Popularmente identificado con el ámbito de la delincuencia, el vicio, la oscuridad, la periferia, el placer, la sexualidad, el cuerpo y la embriaguez, el espacio de la cantina actúa bajo la imagen de una inversión simbólica del ordenamiento político-social.⁹ Asimismo, su localización dentro del espacio urbano se encuentra inscrita en las esquinas periféricas del circuito capitalino, constituyéndose así en un espacio no solamente simbólico sino también político en relación con otras instancias institucionales, tales como la Iglesia, el Salón o el Edificio Municipal.

⁹ Dicha característica cobra mayor significación ideológica si tomamos en consideración que el surgimiento comercial de las cantinas responde también a los procesos de modernización y ordenamiento del espacio público-urbano que se produjo durante la segunda mitad del siglo XIX.

El umbral: una entrada, una salida



De singular importancia, la dinámica de apertura y salida que tienen las cantinas establece una suerte de correspondencia con la definición bajtiniana del umbral y su función cronotópica.

Citemos aquí un cronotopo tan penetrado de elevada intensidad emocional valorativa como el umbral: puede combinarse también con el motivo del encuentro; pero su relleno más sustancial es el **cronotopo de la crisis y los virajes en la vida**. La palabra umbral ya en la vida del lenguaje recibió una significación metafórica y se combinó con los momentos de viraje en la vida, de crisis de decisiones que cambian el curso de la vida. (Bajtín 458; el subrayado es nuestro, M.M.L. y L.M.L).

Como se deduce de la cita anterior, la función cronotópica del umbral es definida por Bajtín en la medida en que evoca metafóricamente una situación de crisis y de cambios en el curso normativo de la vida. Si bien es cierto, esta conceptualización guarda una relación estrecha con la conciencia del héroe en la novela, existen algunos puntos de convergencia en relación con el umbral que escenifican las cantinas a través de su puerta principal.

El mecanismo de entrada y salida que poseen las cantinas escenifica una instancia umbral entre las relaciones oficiales de la esfera pública, al mismo tiempo que representa un lugar de crisis e inversión del ordenamiento público. De este modo, la puerta principal constituye un lugar de ambivalencia y de encuentros entre la conciencia disciplinaria del orden social y la conciencia carnavalesca de los sujetos culturales. No en vano, como indica el rumor popular: *salir o entrar a*

la cantina, adquiere desde el imaginario colectivo una significación trasgresora-crítica en relación con el espacio-tiempo que rige el orden social.

Así, pues, las cantinas no solamente constituyen espacios arquitectónicos, sino que también elaboran una concepción semiótico-discursiva del tiempo y del espacio.

De lo tóxico a lo dóxico y viceversa: ese espacio libidinal del sujeto colectivo



Lugar del relato, la anécdota, el chiste, el comentario, la plática, la polémica, la ironía, la parodia y otros géneros de habla, el espacio comunicativo de la cantina constituye, a diferencia de otras prácticas socio-verbales, un ámbito heteroglósico de la esfera discursiva cotidiana. En otros términos, la cantina, como espacio material de la praxis comunicativa, implica una diversidad socio-lingüística en la que se articulan distintos registros del habla social.

Tomando como criterio esta concepción bajtiniana del discurso y la praxis comunicativa, podríamos afirmar que la pluralidad socio-verbal que condensa este espacio material de la cultura se encuentra articulado por un principio libidinal de la comunicación (*¿comunicación?*), por lo que la praxis social de la palabra (eso que llamamos habla) no es sino la puesta en escena de una pulsión social del lenguaje. Así, pues, frente a las normativas y demás hábitos socio-ideológicos que rigen y cohesionan la interacción entre los sujetos y sus discursos, la pulsión libidinal del lenguaje convoca una estrategia de descentralización en la que predomina un placer doxológico

del habla. En pocas palabras, la libido comunicativa se organiza a partir *del placer social del habla y no del sentido de aquello que socialmente se habla*.

“Son habladas de cantina”: habla y representación

Por otra parte, el principio libidinal del discurso no obedece a una simple contra-oficialidad del lenguaje o de sus convenciones retórico-formales, sino que éste se encuentra íntimamente ligado a un efecto dramático de los modos o las expresiones verbales. De este modo, la pluralidad de las distintas hablas sociales que articulan la praxis comunicativa de la cantina deviene en una suerte de enmascaramiento del lenguaje y sus efectos de sentido. *La palabra cantinesca*, funciona como una palabra representada y transvestida, es decir una palabra que simula en sí misma una imagen doxológica de los lenguajes sociales. De allí su naturaleza poéticamente paródica, excéntrica y prosaica.

Históricamente ligado al orden público que funda el imaginario urbano liberal, la cantina se inscribe como uno de los espacios en que se refleja la inversión de las prácticas oficiales de la conciencia colectiva. Lugar de la ambivalencia, el gesto y la parodia, el espacio discursivo de la cantina convoca una estrategia carnavalesca que le permite posicionarse dentro de las instancias colectivas institucionales, al mismo tiempo que descentraliza toda práctica oficial del discurso. De allí, pues, su principio particularmente descentralizador dentro del conjunto de prácticas e instituciones culturales que rigen el sujeto y la conciencia colectiva.

De lo somático a lo semiótico: el cuerpo en la cantina



Si mi lectura es aceptable, lo que nos propone Bajtin es una semántica del cuerpo. Los diferentes significados o “voces” que enuncian las extremidades y las protuberancias del cuerpo. Dentro de esta semántica, recorre el cuerpo y sus espacios en sincronía y diacronía de sus funciones: equivale a una especie de cronotopo del cuerpo.

Iris Zavala

Pareciera lógico pensar que la dinámica principal de la cantina se organiza a partir de una función tóxica del cuerpo y de sus funciones escatológicas. No obstante, contrario del discurso biológico o estrictamente somático con que habitualmente conceptualizamos el ámbito de la corporeidad, **los cuerpos en la cultura** articulan una materialidad semiótica y significativa. En otras palabras, los cuerpos constituyen textos y textualidades en el que la cultura y los imaginarios colectivos leen e inscriben su conciencia simbólica. Pero, ¿de qué materialidad simbólica esta compuesta el cuerpo en la cantina?

Quizá una de las perspectivas histórico-culturales para comprender la dimensión simbólica del cuerpo se encuentra sugerida a partir del principio de carnavalización desarrollado por Mijail Bajtin y cuya magistral interpretación se debe a la investigadora Iris Zavala:

El carnaval de los oprimidos y la risa de la otredad que propone Bajtin distan de ser deconstrucciones ahistóricas o juegos de metaficción; **apuntan más bien a una política somática, un análisis de la producción libidinopolítica del cuerpo histórico.** Vano empeño reducirlo a las categorías libidinales del llamado posmodernismo, con su concepto desarticulado y esquizofrénico del sujeto y del cuerpo. (71).

Con base en la cita anterior, el cuerpo en la cantina es esencialmente un cuerpo político en la medida en que comporta una energía liberadora de la libido cultural y las opresiones socio-históricas que lo rigen. Aspectos como la risa, los gestos, el baile, la mirada, y los fluidos corporales que se desarrollan en la dinámica carnavalesca de las cantinas articulan en su conjunto un sentido políticamente transgresivo en relación con el cuerpo histórico y disciplinario de la cultura.

Desde otra perspectiva de análisis, resulta interesante formular el ámbito simbólico de la cantina como un cuerpo específico de la cultura. Así, pues, esta dimensión metonímica entre cuerpo y espacio socio-cultural nos permitiría subrayar el carácter transformativo que poseen las prácticas simbólicas. Ligado al ámbito semántico de la reproducción, la vida, el deseo, la regeneración y la muerte, las prácticas culturales ligadas al cuerpo y a su materialidad funcionan como instancias semióticas en que se corporaliza lo simbólico en los sujetos. De esta manera, la cantina, como instancia socio-cultural constituye un espacio de memoria y escritura del cuerpo colectivo de la cultura.

Conclusiones

Es innegable que el estudio de las prácticas culturales viene a fortalecer y a consolidar el campo de los estudios culturales, y aún más, a ampliar los instrumentos de análisis con los que usualmente venimos trabajando en la discriminación de determinantes sociohistóricos de nuestra realidad centroamericana. De allí que nos resulte fundamental proponer algunas líneas teórico-metodológicas de investigación a partir de un objeto de estudio *vivo*, como lo es la práctica cultural de lo cantinesco. Recalcamos este punto entendiendo que se han venido considerado los estudios culturales como ejercicios generalmente historiográficos donde prima la labor archivística. Acoger solamente esto último aporta en detrimento de lo que precisamente el campo de estudio solicita, el análisis de la cultura misma. Tal y como afirma Cross, la cultura posee una existencia real que se manifiesta como práctica, no es ideal (10). De esta manera nuestra posición

ideológica es abogar en el campo de los estudios culturales por el retorno a las condiciones de producción que generan las prácticas dentro de las cuales se sustenta la cultura.

Un segundo punto a recalcar es que las prácticas culturales como tales nunca son neutras. Precisamente el carácter relacional que las determina las coloca como un ejercicio de poder, como cualquier otro proceso cultural. Los mecanismos simbólicos operan dialógicamente, permitiendo la construcción social de una visión legítima del mundo, en donde diversos actores entran fuerzas, prevaleciendo la representación de las prácticas culturales por parte de los sectores oficiales. Esta representación está circunscrita a una visión de mundo de los sectores dominantes. Así mismo, esta preponderancia de una visión de mundo no se da de manera pasiva, se da de forma violenta y de manera efectiva en tanto se institucionalizan a través de microprocesos culturales.

No podríamos entender las expresiones de colonialismo epistemológico en el campo intelectual, y de reproducción del orden social en general que se suscita en las realidades latinoamericanas, sino es mediante lo latente de la violencia simbólica ejercida en prácticas culturales cotidianas, mismas que permiten establecer aquello que Bourdieu devela como una sincronía de la estructura cognitiva con la estructura objetiva.

Básicamente las prácticas culturales encausan un entendimiento del mundo mediante la doxificación de éste, sedimentando marcas primigenias de intereses particulares y superponiendo un carácter con apariencia de lo público. Es así como la concepción de las cantinas se presenta como la consumación social de espacios de vicio, axiológicamente neutros y desprovistos de cualquier interés, negando cualquier dinámica social en sus condiciones reales de ambivalencia y diferenciación social. Su apariencia se fundamenta en una democracia tóxica.

Se ha señalado la práctica de consumo de alcohol en establecimientos especializados para ello como una práctica común e histórica, al menos en el ámbito cultural costarricense. Sin embargo esta delimitación cosifica la dinámica sociocultural impregna en la misma práctica a través de una simbología inversa que la determina como una práctica adversa al orden social. Por otra parte la connotación de dicho espacio físico-arquitectónico enunciado como *cantina*

desenfoca el carácter de lugar que tiene la misma, entendida como un espacio de identidad, relacional e histórico, tal y como apuntaría Marc Augé. Por ello preferimos hablar de *lo cantinesco*, el cual es entendido como un espacio de reproducción de un saber doxológico en donde lo tóxico no tiene otra función más que material: generar la energía necesaria que requiere la circulación de un saber en particular el cual es un saber con intencionalidad y que permanece como estructura subyacente. De acuerdo con lo anteriormente señalado, una conclusión parcial sugiere que es posible que las cantinas, entendidas como establecimientos de ingesta alcohólica, pueden estar viniendo a menos, sin embargo es claro que la relación de *lo cantinesco* se ha extendido, diversificado y difuminado en otras prácticas culturales paralelas.

Si entendemos que *lo cantinesco* se presenta como producto de un orden social que deviene en una presión cotidiana y poco menos que insoportable, podemos entender por qué la importancia de hacer esta práctica cultural una transacción afectiva. La organización del espacio físico así como el lenguaje en *lo cantinesco*, nos acerca a una disposición del cuerpo. Dicha disposición tiene un paralelismo con lo que el teórico ruso Mijail Bajtín definió como *lo carnavalesco*. Este concepto nos ayuda a entender como un imaginario de no control y de invisibilidad de la acción permite la transición de una conciencia individual del cuerpo a una conciencia social del mismo. A través de una imagen de inversión se reafirma la doxa, y con ello el control simbólico.

Bibliografía

Agüero Chaves, Arturo. *Diccionario de Costarriqueñismos*. San José: Asamblea Legislativa. 1996.

Bajtín, Mijail. *Problemas estéticos y literarios*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1986.

Bergalli, Roberto. “Relaciones entre control social y globalización: Fordismo y disciplina. Post-fordismo y control Punitivo”. *Revista Sociologías* 7.13 (enero-junio 2005): 14

- Cross, Edmond. *El Sujeto Cultural. Sociocrítica y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.
- Enríquez Solano, Francisco. “El Turno, un espacio de diversión en Costa Rica (1890-1930)”. *Revista de Historia* (enero-diciembre 2004): 49-50
- Fernández, J. Manuel. “La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica”. *Cuadernos de Trabajo Social* 8 (2005): 86-97
- Fumero Vargas, Patricia. *El advenimiento de la modernidad en Costa Rica (1850-1914)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2005.
- Marín Hernández, Juan José. “Prostitución y pecado en la bella y próspera ciudad de San José: 1850-1830”. *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. Eds. Iván Molina Jiménez y Steven Palmer. San José: EUNED, Colección Historia Cultural de Costa Rica, 2005. 49-107.
- Molina Jiménez, Iván, y Steven Palmer, eds. *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: EUNED, Colección Historia Cultural de Costa Rica, 2005.
- Ortos, Bienvenido. *Compilación de Leyes, Decretos y Circulares referentes a medicina e higiene del año 1821 hasta 1920*. San José: Imprenta Nacional, 1921.
- Palermo, Zulma. “Los estudios sociocríticos y el Sujeto Colonial Latinoamericano”. *Conferencia inaugural en el Congreso Internacional de Sociocrítica*. Universidad de Guadalajara-México, octubre del 2000.
<<http://fuentes.csh.udg.mx/CUCSH/Sincronia/palermo.htm>> (2 de mayo 2009).
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. *Nuevo Diccionario de Costarrriqueñismos*. San José: Editorial Tecnológico de Costa Rica, 1996.
- Vega Jiménez, Patricia. “Consumo de licor, publicidad y diversiones en Costa Rica (1900-1930)”. *Diálogos*. Memoria digital publicada a raíz del 9º Congreso Centroamericano de Historia (2008). Universidad de Costa Rica.
- Zavala Iris. *La posmodernidad y Mijail Bajtín*. Madrid: Editorial Colección Austral. 1991.